

Síndrome

Sarai Guerrero De Arco

La desesperación de no recordar y la desolación de mi persona. Me olvido hasta de olvidar. Todo llega a hacerme sentir ahogada en la confusión, ¿qué es este lugar? ¿quiénes son ellos? ¿quién soy yo? ¿qué es lo que he estado haciendo todo este tiempo? ¿qué se supone que debo hacer?

Me pregunto cómo es que llegué a este punto, y si se supone que recordar es vivir, ¿estoy muriendo en un mundo vivo?

El perder mi memoria significa perderlo todo, puedo sentir cómo se va desintegrando poco a poco, como si se tratara de solo cenizas que cualquier brisa puede volar hasta que se mezclen con el resto del entorno, quedando en la nada, en el frustrante y deprimente abismo de la nada. No dejo de sentirme preocupada y con poco interés siquiera de vivir en mis últimos días en este mundo, estoy esperando a desvanecer por completo en la confusión espesa.

No me salen ni las palabras, se me dificulta recordar cómo expresarme, o cómo caminar, comer o ir al baño. Se me olvidó. Me siento inútil y una carga para los demás, personas de las que ni siquiera confío, no recuerdo sus nombres ni sus rostros, no sé si en algún momento estuvieron conmigo.

He caído en el máximo estado de vacío, me siento vacía porque ni siquiera tengo algo en mí. No soy yo, no sé quién soy.

Un hombre entró a la habitación, venía vestido de blanco.

— Hace años no te llevo a ese lugar porque sé que no vas a recordarlo y sería nuevo para ti —dijo mientras me agarró de las manos, lo cuál me alteró un poco—. Pero tengo la necesidad de hacerlo, aunque no lo expreses, yo sí tengo que expresarme.

En ese momento, el hombre me cargó y me llevó fuera de la casa, a un campo donde había unas manchas gigantes de morado. Luego de ir por los estrechos caminos entre esas manchas, llegamos a un lugar donde había una silla y una manta en el suelo, había comida, un tocadiscos, dos sillas y un libro. Lo que llamó mi atención fue el piso, no era lo que acostumbraba a tocar, era una textura diferente que me causó algo de miedo.

— Ojalá que el pasto no te incomode, solías amar caminar en ambientes así —luego de decirme eso, me acomodó en la silla y dejó que mis pies tocaran el pasto—. Sabes que puedes confiar en mí, nada de lo que está aquí ni nadie te hará daño. Incluso, no creo que recuerdes pero todas estas flores moradas, son un cultivo de tus flores favoritas, las flores de lavanda, son las que puedes ver ahora mismo.

El hombre, me acercó una de las flores de lavanda, y cuando más me sentía amenazada, un olor agradable llegó a mi nariz y automáticamente pude sentirme relajada. Las flores de lavanda tenían un efecto positivo en mí, me sentí aún más tranquila al tener a mi vista un paisaje con muchísimas flores de lavanda, entonces me sentí más segura en el lugar.

La brisa empezó a volar sutilmente las hojas del libro.

— Por casi me olvido del libro —dijo el hombre buscando las primeras páginas—. No me he olvidado aún de tu decadencia. Recuerdo que antes de esto te sentías confusa. Habían enredos extremos, lo único esperanzante, era que había probabilidad de que lo desconocido te sonara familiar, sin embargo, nunca sucedió, más yo aún no he perdido la esperanza.

Luego de eso, el hombre se encontró con una fotografía de una muchacha entre esas páginas, en el pie de la foto decía “mi último intento”.

— ¿Aún puedes recordarla? —preguntó el hombre con la voz quebrada.

Puedo recordarla, sus grandes hermosos ojos de cuando era una bebé eran mi entrada al infinito mar, con el tiempo seguían teniendo ese tono de melancolía en su delicado parpadear. Mi hija, mi pequeña hija, no vivía conmigo ya que vivía en otra ciudad. La llamaba todos los días, pero desde que me diagnosticaron esta enfermedad no podía mantener una buena conversación, así que me aislé, sentía miedo de hablar, de confiar, o de escuchar. Dejé de hablar con ella, y un domingo, me llamó, le dije que la llamaría al día siguiente, pero nunca lo hice porque se me olvidó, aún así ya era tarde para hacerlo, mi hija se había suicidado ese día. Algo la estaba consumiendo de forma lenta y torturable pero de una manera silenciosa, solo sus grandes ojos me expresaban la melancolía de un ángel exhausto de esto, de vivir.

Jamás quise olvidar a mi pequeño ángel, pero mi mente estaba en un proceso de desintegración, que me fue llevando lentamente al abismo de la pérdida.

— Mi hermana fue la mejor persona que pude conocer, pero supongo que lo bueno siempre muere joven, y la maldad perdura —dijo el hombre dejando un silencio entre el paisaje—. Entonces ahí es cuando pienso que a lo mejor fue un error que mi hermana viviera con mi padre, creo que mi padre en realidad nunca se interesó por alguno de nosotros.

Las flores se movían con la brisa del campo abierto, hasta que empecé a ver notas musicales brotar en el aire, luego volteé para descubrir de dónde provenían, era el hombre quien había puesto el tocadiscos, puso exactamente una música que me suena. Pude recordar una vez más, el hombre del que desconocía era mi hijo. Mi hijo había puesto un disco, la música alegre y que reconocía estaba sonando.

El tiempo para mí pasaba de una forma tan irreal, nunca lo valoré por completo hasta que mi hija se suicidó, antes de que ocurriera eso, éramos una familia completa, mamá, papá, hija e hijo. Nos habíamos separado, el padre de mis hijos se mudó a otra ciudad, no sin antes llevarse a alguno de nuestros hijos, lo cual fue una decisión libre de cada uno, pero no supe que esa libertad terminaría con la de mi hija, encadenada con sus pensamientos.

La melodía de aquel disco algo rayado y la tarde que estaba cayendo, la brisa desaparecía poco a poco para convertirse en algo uniforme y que iba a un solo ritmo.

— Recuerdo cuando ya te habían diagnosticado, fue mucho antes de que ocurriera lo de mi hermana, vivíamos todos juntos aún, y nuestras vidas lucían como un sueño eterno, la perfección nos llevó rápido a la cima, y poco a poco al borde del abismo. Antes que tuviéramos esa noticia de tu parte, ya estábamos notando algunas caídas —mencionó mi hijo.

Despertaba en aquellos días soleados, miraba mi ventana, abría los ojos y terminaba de despertarme, veía a un hombre en la cama que estaba durmiendo y no lo reconocía, ¿con quién había dormido? ¿qué era lo que había pasado ayer? ¿ese era mi esposo? Me levantaba, preparaba el desayuno, me sentaba a comer y miraba el calendario, no me ubicaba, ¿qué fecha es hoy? Alguien tocaba la puerta pero decidía ignorar y seguir comiendo, me ponía de mal humor que me interrumpieran en una mañana tranquila, pero cuando miraba mi plato, no había nada, ¿en qué momento había terminado de comer? Atendí la puerta, era mi hijo diciendo que se le olvidaron las llaves, pero ¿en qué momento había salido? Miré el cielo y era ya de noche, yo seguía sin bañarme, sin saber siquiera cómo estaba sobrellevando mis días. Pero al final, seguía recordando el amor tan preciado que uniría siempre a nuestra familia, ¿o no?

— ¿Aún sabes por qué se separaron tú y mi papá? —me preguntó mi hijo—. Yo no me he olvidado de eso. Fue infidelidad de tu parte, pero siento que es algo justificable. Papá nunca te valoró como tal, siento que al final nunca te amó verdaderamente, veía cómo te trataba con indiferencia, como si fueras un objeto o una simple madre que le diera hijos, por eso cuando te diagnosticaron con esa enfermedad me parecía tan aborrecedor el que te tratara de inservible, por eso nunca lo quise.

Todo en la relación que en algún momento tuvimos había tocado fondo, por esa sencilla razón. Extraño cuando fingía que me amaba, pero es una versión de él que ya no existe y que me hacía daño, al final solo busqué felicidad y compañía en otro corazón, en el de él

parece que nunca tuve puesto. Aún así recuerdo esos primeros meses en los que sentí cierto tipo de amor, pensé tener al frente el hombre perfecto. Me conocía de pies a cabeza, sabía sobre mis flores favoritas, la fragancia de las palabras que me enamoraban y el afecto que me hacía falta. Días en los que salíamos en la tarde, paseando por las casas victorianas de nuestro barrio mientras llegábamos a ese pequeño campo y jugábamos entre la naturaleza, luego al llegar la noche, veíamos el cielo nocturno de camino a nuestras casas. Se compartieron tantos momentos íntimos y de felicidad, a veces sentía que mi corazón se iba a detener de la alegría y el cómo nos veíamos a los ojos del otro; pero también a esos amores de toda mi vida, al final me enamoré tanto, que me llegó a preguntar, ¿qué importa cómo se rompe mi corazón?

— El principio del final —dijo mi hijo en tono exhausto—. Es tan frustrante ver cómo pasa el tiempo sin que te des cuenta, más cuando lo olvidas. La gloria de tu vida y de recordar, ¿quién te iba a quitar ese sueño de pura dicha? Recordando esos ojos infantiles, las pequeñas rebeliones de tu ser, las diferentes estaciones del año, el olor del amor, los últimos momentos de pura memoria y más, aún seguías siendo tú. Pero la batalla perdida apenas comenzaba.

Al principio solo me sentía un poco desconcertada, ¿realmente hice lo que quería hacer en vida? La tristeza me estaba consumiendo como esos recuerdos ardientes que quemaban poco a poco mi memoria, una desesperación por seguir viviendo, no me quedaban tantos días, pero no de vida, sino de seguir sintiéndome viva. Me sentía sola, una lucha constante con mi mente, con los demás y conmigo misma, era una completa desconocida para mí misma, así que los delirios y la paranoia no demoraron en comenzar. La confusión me había nublado por completo, el flujo de mis palabras estaba muy deteriorado, el recordar se sentía tan distante y roto a mí, como algo perturbador de hacer.

Escuché la música una vez más, la única melodía que reconocía era mi preferida, la que estaba sonando, dejando a mi mente morir de una vez. La brisa fría acariciaba el cielo nocturno, el cielo parecía hablar con sonidos algo agudos, el rostro de la última persona que podré ver me estaba viendo a mí, ¿cómo me veré a los ojos del otro? Porque a mis ojos aún

puedo sentir algo por los ángeles que en algún momento compartieron tanto tiempo de su vida conmigo, ellos hacen parte de mi vida, de mis recuerdos y de mi ser, de lo que soy, ¿ellos podrán sentir lo mismo por mí? ¿habré sido una simple carga todos estos años incapaz de sobrevivir por su cuenta?

Mi hijo me abrazó delicadamente y luego recostó su cabeza en mis piernas, así era como le daba consuelo luego de un mal día, usualmente hacía eso cuando se sentía mal y exhausto. Sentí los sollozos silenciosos de un ángel y sus lágrimas caer en mi ropa, no hubo palabras, no eran necesarias. Mi mente había muerto, pero en mi corazón aún podía sentir la felicidad.

Mis últimos respiros, mis últimos parpadeos y mis últimos recuerdos. Solo llegué al punto del horror, en el que ya se había acabado el largo declive de mis últimos días, antes de desvanecer lentamente.